

Simposio en Massachusetts

España, del pasado al futuro

Alberto Castilla

Pero esta zona rural de Massachusetts es cobijo también (y no es casual que poetas como Emily Dickinson nacieran en Amherst o que Robert Frost pasara gran parte de su vida en esta ciudad) de dieciséis Universidades, cinco de las cuales, situadas en Amherst o en sus alrededores, gozan de prestigio por su excelencia académica, convirtiéndola en uno de los centros principales para la enseñanza superior.

*Con el patrocinio de estas cinco Universidades (Amherst, Smith, Mount Holyoke, Hampshire y Massachusetts) y dirigido por el profesor Conrad Kent, se ha celebrado en Amherst College, el pasado primero de mayo, un simposio que bajo el título **Spain: past, present and future** ha reunido a cuatro destacados especialistas, Juan Marichal, Edward Malefakis, William Watson y Allard Lowenstein, quienes han informado y comentado sobre el tema de España en el actual período de transición. Cada uno traía en su cartera una preciosa carga, el resultado de su trabajo y su dedicación, de su experiencia y de su compromiso personal, ofreciendo al numeroso público universitario que llenaba el paraninfo de Converse Hall la posibilidad de informarse cumplidamente sobre la circunstancia española actual.*

* Nota de la Redacción de TIEMPO DE HISTORIA. — Aunque será innecesario para el lector, queremos precisar que cuantas referencias haya en el texto al «actual Gobierno español» están dirigidas al que finalizara su período con la crisis del 1 de julio de 1976.

A Five College Symposium

SPAIN: PAST, PRESENT AND FUTURE

Saturday, May 1, 1976

Converse Red Room, Amherst College

10:00 a.m. "SPAIN, 1976: AN IRREVERSIBLE SPRING"

Professor Juan Marichal
Professor of Romance Languages and Literatures, Harvard University

11:00 a.m. "THE SPANISH WORKING CLASSES: 1936-1976"

Professor Edward Malefakis
Professor of History, Columbia University

2:00 p.m. "THE SECOND MONARCHIST RESTORATION:
FOLLOWING THE FOOTSTEPS OF FAILURE"

Professor William Watson
Professor of History, Massachusetts Institute of Technology

3:00 p.m. "SPAIN AND THE UNITED STATES"

Mr. Allard Lowenstein
Former Congressman from New York



4:00 p.m. DISCUSSION

6:00 p.m. CLOSING DINNER

Willits-Hallowell Center,
Mount Holyoke College

Reservations for the dinner to be made through Prof. Conrad Kent, Department of Romance Languages, Amherst College.

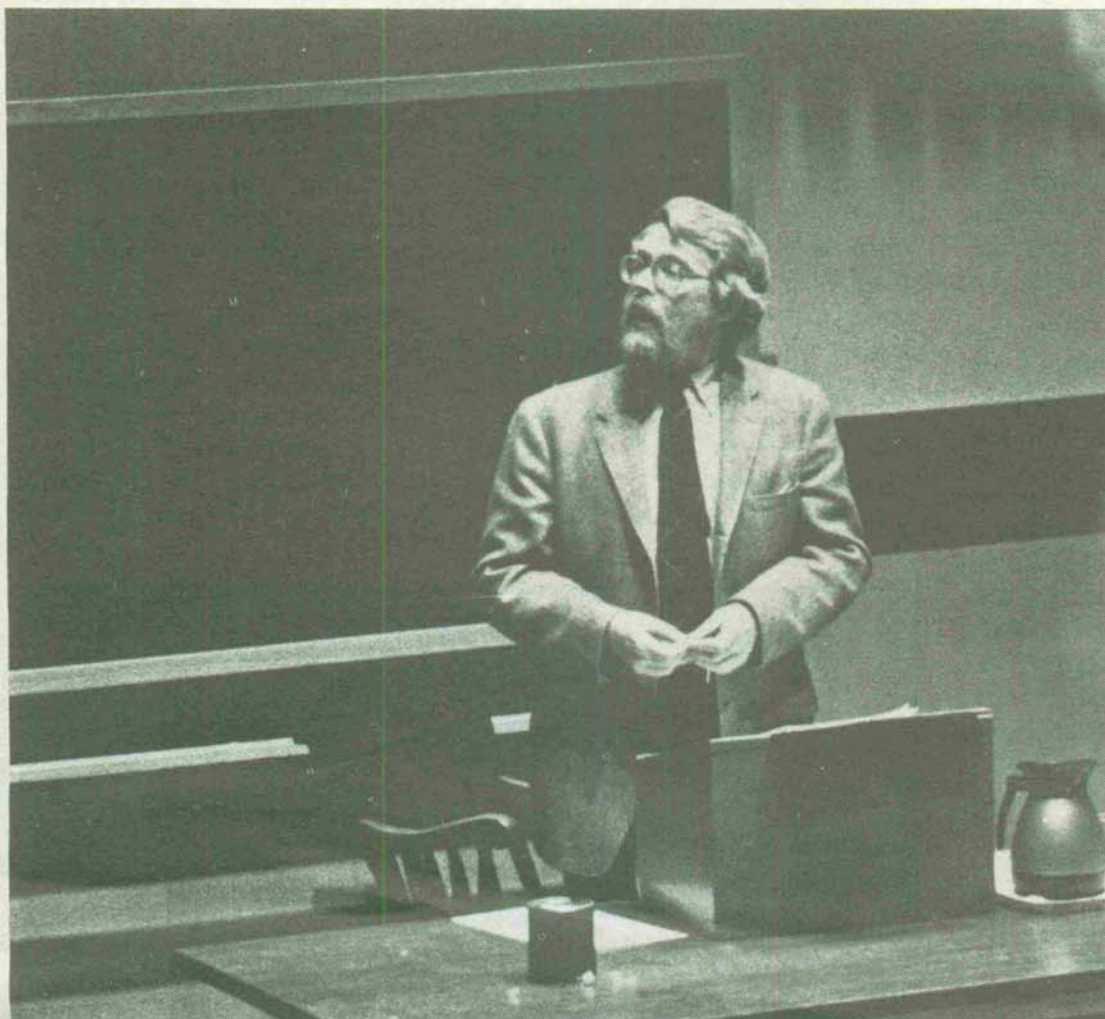
542-2717 or Prof. Alberto Castilla, Department of Spanish and Italian, Mount Holyoke College, 538-2431.

Bajo el patrocinio de las Universidades de Amherst, Smith, Mount Holyoke, Hampshire y Massachusetts, se celebró en la localidad primeramente citada un simposio en el que participaron William Watson, Edward Malefakis, Juan Marichal y Allard Lowenstein en torno al tema «España: pasado, presente y futuro». He aquí el cartel que anunciaba el conjunto de los actos.

1. AMHERST

Esta pequeña ciudad del oeste de Massachusetts, de extensas zonas verdes y casas coloniales, que ha preservado con actitud reverencial muchas reliquias de la guerra revolucionaria y de la guerra civil norteamericanas, representa exactamente lo contrario de los clichés y lugares comunes a los que estamos acostumbrados al referirnos a América. Porque, frente a la imagen de rascacielos y de modernas autopistas, lo que presenta aquí el paisaje es un escenario natural, bañado por ríos y lagos, cubierto de bosques,

atravesado por silenciosos caminos vecinales escondidos bajo las frondosas ramas de los arces y entre las matas del laurel y del calicó, y poblada mayoritariamente por pequeñas comunidades rurales donde los campesinos se autosostienen y venden directamente los productos de sus huertas al consumidor. Es como si lo mejor de los tiempos pasados hubiera sido preservado aquí. Y es explicable que cada día más y más gente trate de abandonar los congestionados centros urbanos y trate de recobrar la «buena vida» aquí o en otros lugares como éste.



Catedrático de Humanidades en el Massachusetts Institute of Technology, William Watson —en la foto— es especialmente conocido por el curso sobre la Guerra Civil española que ha venido dictando en los últimos años, tema sobre el que prepara además un trabajo monumental.

2. WILLIAM WATSON: ILUSION Y RESTAURACION

La pretendida analogía entre la restauración monárquica de 1874 y la de 1975, la del gobierno de Cánovas y la del régimen actual, ha inspirado el tema del informe presentado al simposio por **William Watson**, bajo el título «**The second monarchist restoration: Following the footsteps of failure**».

Educado en Harvard y catedrático de Humanidades en el **Massachusetts Institute of Technology**, el profesor Watson es principalmente conocido por su curso sobre la guerra civil española, que ha venido dictando con regularidad en los últimos años y sobre el que se halla actualmente pre-

parando un trabajo monumental. Por otra parte, recientemente William Watson ha prestado declaración ante el Subcomité de Relaciones Exteriores del Senado, habiéndose mostrado como uno de los más serios oponentes a la renovación del tratado conjunto hispano-americano.

Resumen del informe de William Watson:

España es hoy un país lleno de ilusiones, algunas de las cuales han nacido en una ansia de espera, de una esperanza para el cambio. Pero otras ilusiones parecen encontrar sus raíces en el miedo, en el temor a un cambio que se presenta incierto. Una de las más curiosas ilusiones es el respetuoso tratamiento que se ha venido otorgando a Antonio Cánovas en los últimos meses por parte

del Gobierno y por algunos grupos de la oposición.

Concretamente, Manuel Fraga declaró el pasado enero que el Gobierno estaba tratando de situar el proceso político español en el tipo de evolución iniciada por Cánovas que, en el caso actual, suponía una evolución moderna y, principalmente, estabilidad y continuidad de políticos e instituciones para el proceso político que va desde el pasado autoritarismo a un futuro democrático. Curiosamente, el editor de una de las revistas liberales de estos días, **Cambio 16**, el señor González Seara, afirmaba recientemente en un comentario editorial que sólo realizando e implementando las medidas necesarias para un régimen democrático sería posible recorrer el camino hacia Cánovas. Aquí la

ilusión para el periodista parece ser Cánovas el reformista, el garantizador y definidor de libertades democráticas. Pues bien —afirma Watson—, esta ilusión está basada en un malentendido histórico, y en una falsa analogía con acontecimientos contemporáneos.

La restauración de Cánovas revivió la Monarquía pero, de hecho, no la salvó. Todo lo contrario, creó un sistema político que hizo imposible la continuidad de las instituciones políticas y que desembocó en una dictadura militar, la de Primo de Rivera, una revolución democrática, la de la II-República y una contrarrevolución, bajo el régimen de Franco. Resulta curioso para Watson que una persona inteligente como Fraga escogiera tan burdo ejemplo de evolución y continuidad. Y todavía resulta más curioso que una publicación como **Cambio 16** pudiera conectar la idea de democracia y de libertades democráticas con uno de los mayores subvertidores y manipuladores de la Historia moderna. Porque Cánovas, como es bien sabido, odió y temió la democracia, consideró el sufragio universal como uno de los grandes males de los tiempos modernos e hizo todo lo que estuvo en sus manos para evitar la participación del pueblo español en el proceso político que fue cuidadosamente controlado por la burguesía que tuvo acceso al poder en ese período.

¿Cómo explicar entonces esa curiosa invocación a Cánovas? —se pregunta el profesor del MIT—. Existe una fácil respuesta: Que el ministro Fraga, e incluso **Cambio 16**, no desearan de hecho una genuina democracia, sino que más bien admiran al gran manipulador por su habilidad en producir una apariencia de democracia liberal que, a no

dudarlo, nunca fue realmente ejercitada.

Pero, para Watson, existe también otro tipo de razones o, por lo menos, otra explicación: la mirada hacia Cánovas debe ser entendida como síntoma del modo que en el proceso político de España ha sido frustrado y victimizado por cuarenta años de mando autoritario. Después de todo, Cánovas es un héroe insignificante, conocido más por lo que preveía que por lo que

pudo conseguir. Tal vez también la ilusión de Cánovas pueda representar algún alivio a los temores de estos tiempos en España: temor de que los militares una vez más intervengan para destruir todas las instituciones políticas, temor de que las soterradas contradicciones y polarizaciones de la sociedad española emerjan un día haciendo imposible cualquier tipo de convivencia, temor incluso de que la democracia en sí misma llegue a transformarse en una



La Restauración revivió la Monarquía, pero no la salvó. Crearía, por el contrario, un sistema político que desembocó finalmente en una Dictadura militar —la de Primo de Rivera—, una revolución democrática —la II República—, y una contrarrevolución, encarnada por el régimen franquista.

fuerza revolucionaria que no pueda ser controlada.

Tratando de entender y explicar la atracción que el modelo de Cánovas puede ejercer en algunos grupos, tanto de dentro del Gobierno como fuera de él, el profesor Watson analiza los logros fundamentales alcanzados por el artífice de la restauración. En primer lugar, el control de los militares. Entre 1808 y 1874, los militares habían realizado una docena de pronunciamientos, habían intervenido en dos guerras civiles y en otras dos coloniales, sin mencionar una serie de revueltas peninsulares. En este proceso los militares, por supuesto, se politizaron: O'Donnell, Narváez, Prim, fueron los más famosos. Y la ironía fue —añade Watson— que el propio Cánovas fue llevado al poder por un pronunciamiento militar, dirigido por Martínez Campos, en 1874. El principal objetivo para Cánovas fue encontrar un papel adecuado para los militares, al objeto de mantenerlos alejados de la vida política. Cánovas lo consiguió canalizando las ambiciones y las energías de los militares en lo que podía ser considerado como «objetivos militares legítimos» (aunque algunos de ellos en realidad estaban vinculados a objetivos políticos).

Así, los militares fueron usados para: a) aplastar revueltas populares peninsulares; b) reprimir y suprimir todos los grupos e instituciones de sentimientos republicanos; c) vencer la amenaza carlista en el norte; d) emprender vigorosamente la guerra colonial en Cuba, una vez resueltos los conflictos domésticos. Otro de los logros de Cánovas fue proporcionar un extenso período de estabilidad política y de relativo orden social, aunque tal vez fuera más apropiado denominarlo de **inestabilidad**

controlada, en consideración al modo en que se alcanzó dicho orden social. Así, consiguió controlar y moderar las disputas de facciones y evitó desembocar en nuevos golpes y pronunciamientos, aplicando la fórmula del relevo de los mismos grupos políticos (perfeccionando la práctica previamente iniciada por moderados y unioliberalistas), que representaban los intereses de la oligarquía agrícola, la burguesía de las grandes ciudades, las clases altas de la burocracia y los grupos profesionales urbanos. Supo también desligar a la alta jerarquía de la Iglesia de su apoyo al carlismo, garantizándoles que el liberalismo era un «concepto muerto» en lo que se refiere a las relaciones Estado-Iglesia y concediéndoles un tratamiento preferencial en los diferentes niveles de la educación. Otro de los logros de Cánovas fue instituir un programa de contrarrevolución y de reacción liberal que extinguiera los efectos del pasado republicanismos e impidiera la revolución social, ejerciendo el control sobre la Prensa y otras instituciones democráticas, tolerando lo que era inofensivo y censurando, suprimiendo o reduciendo con restricciones lo que era potencialmente peligroso. Oponiéndose, además, a los movimientos de independencia en el exterior (África, Cuba), y resistiendo con éxito los intentos y movimientos de autonomía regional y local.

Se puede comprender ante estos logros —prosigue William Watson—, por qué la figura de Cánovas resulta tan atractiva para algunos. La atracción por Cánovas parece estar basada en el planteamiento de una alternativa: violencia y caos, o resurgimiento del pasado autoritarismo militar. Atracción que ha sido expre-

sada con la frase: «O Cánovas, o Caetano». Caetano representa aquí el control del poder por los militares. Cánovas significaría control y política civil, fuera del Ejército. Caetano, el peligro del pasado; Cánovas, la gradual evolución hacia un futuro democrático fuera de un pasado dictatorial.

El profesor Juan Linz, de la Universidad de Yale, ha expresado también esta ilusión por Cánovas en un reciente número de **Cambio 16**, afirmando que la restauración de la monarquía liberal fue el mayor triunfo de las fuerzas conservadoras, creando un régimen de comprensión pacífica y liberal (convivencia), que es aceptable como vía hacia la democracia. Aquí se vuelve a insistir, de hecho, en esta analogía histórica, pero sería necesario saber si es exacta, si es válida, o si, por el contrario, es hoy inaceptable. Para probar o experimentar esta analogía es necesario conocer de qué medios se sirvió Cánovas para crear ese tipo de «convivencia», a fin de averiguar si sería posible, e incluso deseable, establecer un régimen similar en la España de hoy.

Partidos políticos:

Cánovas supo construir una estructura política interior permanente, desde la que ejercitar el poder. Esto lo consiguió garantizando la franquicia política solamente a aquellos partidos e individuos dispuestos a aceptar la monarquía ortodoxa. De esta forma, los que la aceptaron pasaron a ser los partidos dinásticos, de modo que el pluralismo que caracteriza una parte importante de la idea liberal lo permitió sólo en forma muy restrictiva, reduciéndolo a aquellos que hubieran aceptado la premisa de la

Monarquía ortodoxa. Más aún, los partidos que aceptaron esa premisa fueron abiertamente promovidos, legitimados y estimulados, siempre que aceptaran las reglas del juego. Los que no acataran esa condición se hallaban, simplemente, fuera de la ley. El sistema así conseguido adquirió pronto una capacidad de funcionamiento remarcable. Los partidos cederían el poder

pacíficamente, en el momento apropiado, instituyéndose el «turno pacífico». Cada partido aceptaría las reformas institucionales, llevadas a cabo por el partido anterior, al menos las fundamentales.

El voto:

Para hacer funcionar el «turno pacífico», Cánovas instrumentó un método para controlar el sistema de votos, mani-

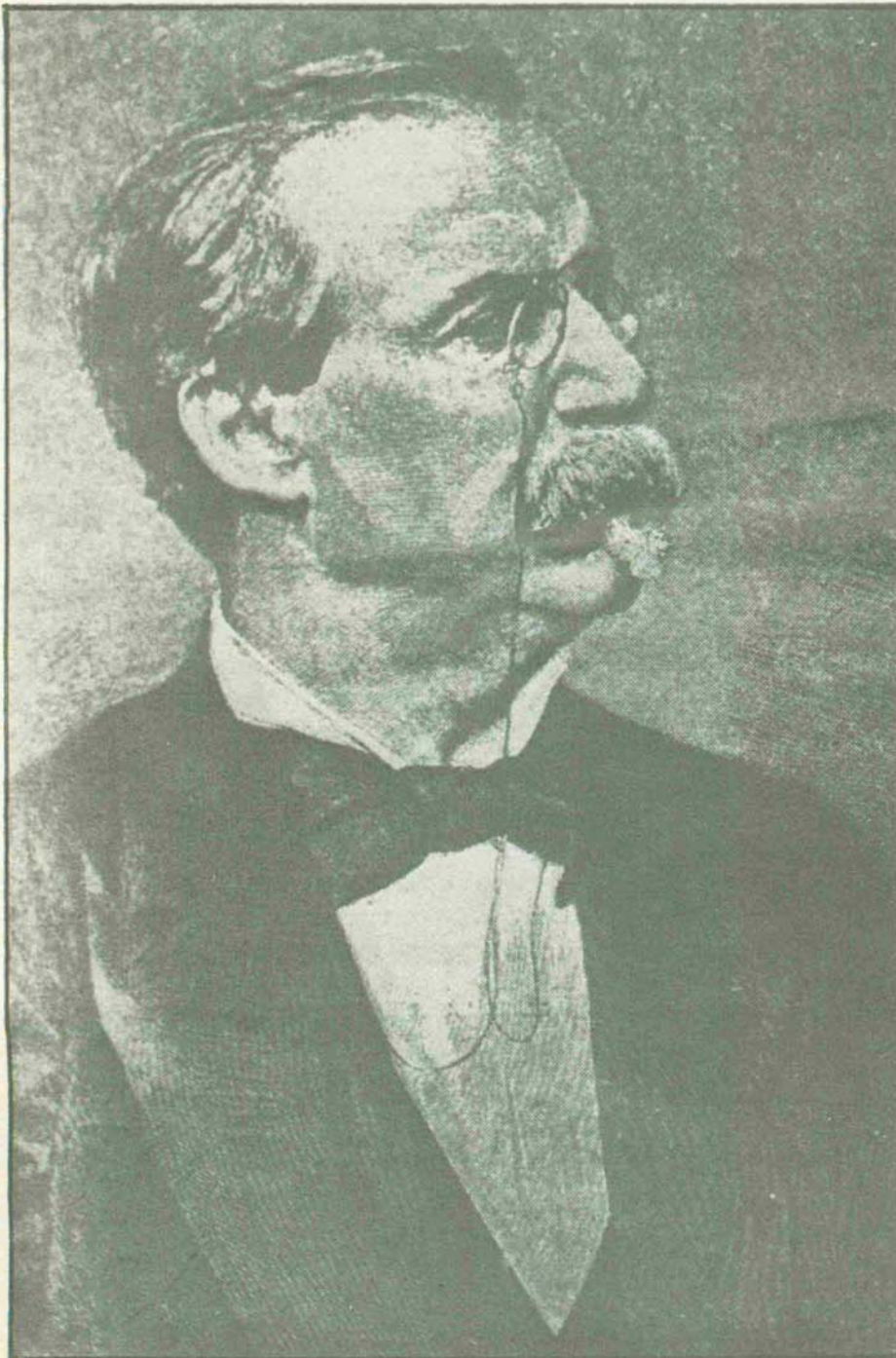
pulando los votos directamente y limitando o restringiendo los derechos individuales. El voto en las manos de Cánovas dejaba de ser un mecanismo de cambio para convertirse en un acto ritual, era como representar el **gesto** del Gobierno para legitimar un cambio de poder. Se trataba, en fin, de respetar el formalismo de la democracia, pero subvertiendo su práctica. De esta forma, los cambios políticos venían a depender en realidad no de la voluntad del elector, sino del principio de alternación obligatoria entre los partidos políticos.

La Prensa:

Un efectivo control de la libertad de expresión se consiguió suprimiendo, en primer lugar, la Prensa republicana y, además, aplicando la suspensión temporal de la Prensa periódica (una forma más solapada de suprimir). Se aplicaron también restricciones a los discursos: no se podía criticar la constitución monárquica, ni a los cuerpos ni comisiones legislativos. Tampoco se permitía crear desórdenes en el seno del Ejército, y así toda una serie de restricciones y de limitaciones.

La Constitución de 1876:

El mismo principio se aplicó a las garantías constitucionales, a las libertades políticas y derechos civiles. Esta fue —recalca el profesor Watson— la última contribución de Cánovas a su país: la subversión de los derechos constitucionales. La Constitución de 1876 proveía amplias garantías respecto a los derechos civiles y políticos, tales como seguridad personal, procedimientos de arresto y empriamiento, etc.; proveía la igualdad de los ciudadanos ante la ley, y garantizaba libertades como libertad de ex-



Cánovas es un héroe insignificante, más conocido por lo que prevenía que por lo que pudo conseguir. Si hoy le ponen como ejemplo a seguir, ello es síntoma del modo en que el proceso político español se ha visto frustrado y victimizado por cuarenta años de autoritarismo.

presión, derecho de asociación, etc. Pero, de hecho, había una divergencia entre los derechos y libertades articulados en la Constitución y los que eran implementados en la vida política ordinaria. En realidad estos derechos eran restringidos casi completamente a los dos partidos dinásticos. Finalmente, en la Constitución del 76, el gobierno se reservaba el derecho de suspender todas las garantías constitucionales ante circunstancias de excepción (que, por supuesto, eran determinadas por el Gobierno, o en colaboración con las Cortes, si éstas se hallaban en sesión).

Alguien podría argumentar que, gracias a estas medidas, Cánovas pudo alcanzar la estabilidad política, eliminando el caos que procedió a la Restauración. Pero lo que no se puede argumentar es el carácter antidemocrático y represivo de su Gobierno, suprimiendo la oposición y subvirtiendo los derechos constitucionales de los ciudadanos españoles, y que tal proceso político no derivó precisamente hacia una democracia, sino más bien todo lo contrario, hacia una dictadura militar, la de Primo de Rivera, en 1923.

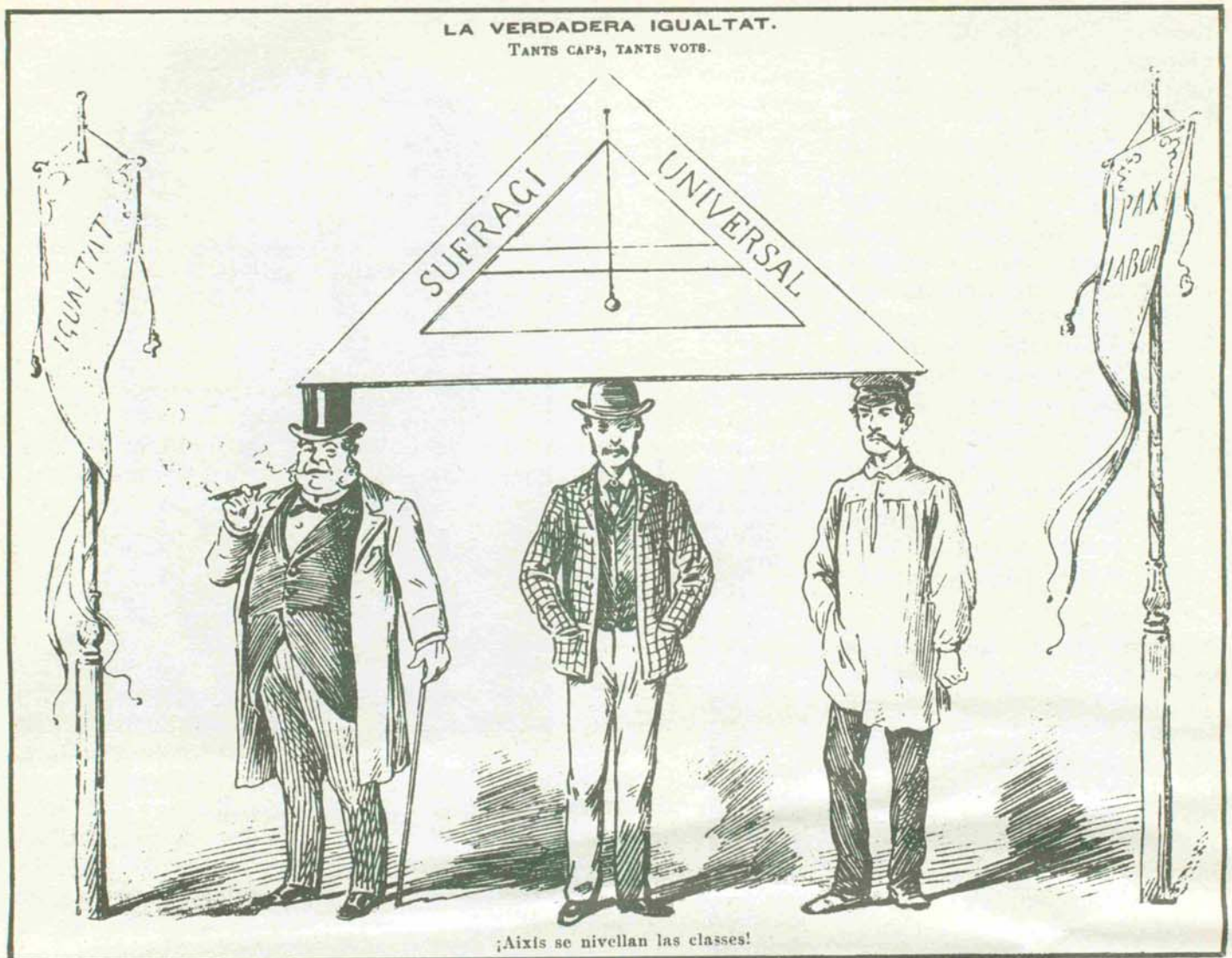
En la incertidumbre del momento presente —afirma Watson—, sería una tragedia para los españoles escoger a Antonio Cánovas del Castillo como modelo de evolución democrática. Aunque puedan darse algunas similitudes superficiales entre la solución de Cánovas y las que hoy se proponen, las condiciones políticas son profundamente diferentes. La analogía de Cánovas como modelo de reforma, se ha hecho sobre ciertas semejanzas superficiales entre las condiciones de entonces y en las de hoy. Aparte del obvio

El principal objetivo de Cánovas fue encontrar un papel adecuado para los militares, al objeto de mantenerlos alejados de la vida política. No olvidaba que hombres como O'Donnell, Narváez (al que vemos) o Prim habían jugado un papel decisivo en la actividad pública española.



deseo de encontrar un modelo de aparente estabilidad en el pasado español, en ambas situaciones se producen unos similares arreglos formales del poder, unas Cortes o parlamento cuya función primordial es sancionar la política determinada por la Corona y el Gobierno (además, el presente Gobierno está tratando de dividir las Cortes en dos Cámaras, quizá también, como en tiempos de Cánovas, la Cámara alta, integrada por la aristocracia o por su equivalente moderno, que puede usarse para frenar las acciones más impulsivas de la Cámara baja). Similitudes pudieran también darse en la práctica separación entre las realidades del poder y las disposiciones formales del poder; por ejemplo, aunque la soberanía permanece ostensiblemente en el pueblo español y es periódicamente ejercitada por el referéndum, la práctica de la soberanía es de hecho frenada y manipulada en una variedad de maneras, algunas muy sutiles, otras muy obvias.

Respecto al Gobierno actual, la opinión del profesor Watson es de que, de proponérselo, pudiera tener dificultades en manipular los votos en forma abierta (en la misma forma abierta que usó Cánovas), pero existe la cuestión importante sobre si los resultados pueden ser sensiblemente influenciados, por ejemplo, restringiendo la elegibilidad de varios grupos políticos y promoviendo los partidos del régimen, de un lado, subvirtiendo los partidos de oposición permitidos, de otro, y reduciendo sustancialmente las alternativas políticas, reservándose el gabinete algunos puntos y asuntos importantes, fuera del alcance de los electores españoles. Otra similitud que podría apuntarse —prosigue Watson—, es el control de la Prensa y, en general, de los medios de comunicación, situación que no ha emergido aún, pero que en el instante genuino de la lucha política, es una de las tentadoras medidas que podrían ser aplica-



Para hacer funcionar el «turno pacífico», Cánovas instrumentaría un método que controlaba y manipulaba el sistema de votos, restringiendo los derechos individuales. Este dibujo de «La Campana de Gracia» simboliza el anhelo masivo de que hubiera un verdadero sufragio universal, oponiéndose a los manejos canovistas.

das. Incluso se podría anticipar que el presente Gobierno de restauración tratará de obtener la credibilidad, como ocurrió en la restauración de Cánovas, no por lo que promovió, sino por lo que fue capaz de prevenir. Es decir, se trata de una legitimidad principalmente negativa, basada en la necesidad de servir de freno, o de **bulldog**, de contener a los grupos revanchistas y de violencia que esperan desgarrar a España otra vez. Para que esta función negativa pueda ser lo suficientemente persuasiva, hay que poner en práctica lo que hizo Cánovas: Crear una atmósfera de amenaza, de ansiedad de la revolución social y, muy particularmente, de aquellos parti-

dos históricamente identificados con la revolución, tales como los comunistas y anarquistas (aparte de los grupos terroristas y extremistas), sin consideración alguna a su reciente pasado histórico, ni a sus insistentemente anunciadas instituciones. Promover miedo, temor a la desintegración nacional, al desmantelamiento de la integridad nacional, al autonomismo, al separatismo, incluso al federalismo... temor al caos económico, al colapso económico, y a aquellos que pudieran promoverlo, es decir, a las uniones de trabajadores. Es en tal atmósfera, por supuesto, donde la represión llega a ser fácilmente justificable. Finalmente, en el análisis de

William Watson, la más importante similitud entre la primera y la segunda restauración radica en el carácter social de **élite** de la base política en la que ambas restauraciones fueron establecidas. Este hecho —afirma Watson—, puede no ser evidente en el presente Gobierno, porque ha emergido de lo que en un principio fue, en una cierta medida, un movimiento de política de masas (sin olvidar que todavía sus instituciones políticas más importantes componen de hecho el **Movimiento**). Pero, sin consideraciones respecto a lo que el Gobierno basado en el Movimiento pudiera en un principio haber sido, lo cierto es que está ahora convirtiéndose en

un gobierno de élite, a través de la desintegración de dicho Movimiento. Esto se hace evidente si se observa las bases de apoyo del régimen de Franco y se pregunta uno qué ha sido, en qué se ha convertido y dónde se encuentra ahora aquel apoyo.

Tras hacer un detallado análisis de los diferentes grupos y bases de apoyo del régimen de Franco y de su posterior evolución, transformación o desintegración, el profesor Watson concluye señalando que el Gobierno actual se encuentra con una tarea sin precedentes, que Cánovas nunca tuvo que confrontar: El Gobierno debe ahora hallar nuevas bases de apoyo político, no como hiciera Cánovas a través de élites restringidas cuyas facciones rivales fue capaz de controlar por medio de sutiles combinaciones de fuerza y persuasión, sino entre las masas de la sociedad española. Esto explica, finalmente, la inconsistencia y la imposibilidad de la analogía de Cánovas.

En 1874, la vida política española, configurada y fatigada por la ya larga lucha histórica del liberalismo, tras el pronunciamiento de Martínez Campos y la consiguiente desbandada de republicanos, pudo ser controlada por Cánovas, con una inteligente aplicación de los principios políticos de las élites, la fórmula de «convivencia» aplicada a los grupos de la burguesía de derechas, y ayudado por la ausencia de partidos políticos de las clases trabajadoras que hubieran podido interrumpir o perturbar el «turno pacífico» de los partidos en el poder. En ese período, no existía una economía nacional altamente integrada y planificada, ni acumulaciones urbanas masivas, ni una red nacional de comunicaciones suficientemente desarrollada,

que hubieran permitido a los españoles moldear su conciencia colectiva y organizarse en partidos que respondieran a las realidades políticas, a este nivel.

En 1976 esas condiciones sí existen. Cualquier gobierno lo suficientemente insensato como para ignorar estas condiciones habrá de confrontar graves problemas. La analogía de Cánovas está basada en una gran ilusión: Que España vive todavía en un mundo de política de élites. Parece razonable pensar que un entendimiento histórico correcto de la analogía de Cánovas debería probar que la restauración antidemocrática y represiva de las élites ya fracasó una

vez, y que no es necesario demostrar que, de ser intentada de nuevo, volvería a fracasar.

Pero hoy, algunos individuos y grupos parecen estar llenos de ilusiones, creyendo que tal tipo de gobierno no es sólo deseable sino, además, posible, y bien pudiera ser que intentarían probar el experimento de Cánovas otra vez. Sin embargo, si tal ocurriera, las condiciones lo impedirían, el intento sería totalmente irrealizable y —concluyó William Watson incorporando a su ponencia el tema de la de Marichal— probará que, efectivamente, la primavera de 1976 ha sido un hecho irreversible en el actual proceso político de España.



En la incertidumbre del momento presente, sería una tragedia para los españoles escoger a Cánovas como modelo de evolución democrática, tal como pretendía el ex ministro de la Gobernación, Manuel Fraga Iribarne, en un ejemplo de malentendido histórico y de falsa analogía entre dos épocas.



Con un informe titulado «El régimen de Franco en perspectiva histórica», Edward Malefakis —en la foto— trazó una panorámica sobre cerca de cuarenta años de la reciente Historia española, en torno a la cual el profesor de la Universidad de Columbia ha efectuado recientes investigaciones.

3. EDWARD MALEFAKIS: EL REGIMEN DE FRANCO

Con un informe titulado «**The Franco regime in historical perspective**», participó en el simposio **Edward Malefakis**, profesor de la Universidad de

Columbia, en Nueva York. Internacionalmente reconocido como una autoridad en la historia del socialismo español, su libro **Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain** (publicado en España con el título **Reforma agraria y revolución campesina en la Es-**

paña del siglo XX), ha sido considerado como una de las aportaciones más valiosas y significativas a la historia moderna española. Edward Malefakis, en su trabajo, puso en perspectiva histórica cerca de cuarenta años de la era de Franco, a partir de 1939, exponiendo con claridad conceptual y técnica precisión los principales acontecimientos de este período.

Resumen del informe de Edward Malefakis:

Comenzó Malefakis utilizando la analogía de una obra de Pirandello, **Seis personajes en busca de autor**, aplicando a este período el título de **Un régimen en busca de un carácter**, sugiriendo que el régimen de Franco, afectado en su desarrollo por cambios considerables, no se prestaba a una fácil caracterización. Específicamente, expuso sus reservas respecto a la corriente caracterización del régimen como fascista, al concepto de régimen de Franco como el último de los regímenes fascistas fundados por Mussolini e Hitler, que consiguió sobrevivir después de la guerra mundial y prolongar su existencia hasta el presente. Para Malefakis, esta categorización no es completamente exacta. Las bases para esta posición fueron tales como que el régimen de Franco, aun esencialmente represivo, no había llegado a definir la ideología como fascismo, en el sentido en que lo fuera en Italia y en Alemania; en que en España el partido de masas no llegó a cumplir el papel que había jugado en estos países; en que Franco, a diferencia de los líderes fascistas, había llegado como un general victorioso, de carrera bien regular y definida, procedente del **establishment** del período anterior a la guerra civil; en que no había surgido «de la nada» como en el caso

de Hitler, ni procedía del movimiento socialista, como Mussolini (de donde sería expulsado). Además, Franco —afirma Malefakis— difería también de los líderes fascistas por carecer del carisma personal que aquellos poseían. Su régimen no fue fascista en ningún momento de su historia, aunque en sus tres primeros años, y a pesar de Franco, hubo peligro en que lo fuera, con los comienzos y los primeros resultados de la II guerra mundial. Malefakis, quede bien claro, no hizo la apología del régimen franquista, más bien lo caracterizó de ser tan opresivo, especialmente a sus comienzos, como lo fueran las partes fascistas en la II guerra, pero dedicó una parte de su estudio a discutir ampliamente esa esa común y aceptada generalización.

Prosigue Malefakis su exposición, con acopio impresio-

nante de datos y documentación, de los acontecimientos más significativos del período, que nos reducimos aquí a esquematizar:

1939-42, período de más intensa represión, inmediatamente después de la guerra civil. 1942-45, ensayos de seudoparlamento, de seudonormalización, de seudoliberalización. Período en el que el régimen trata de ajustarse a la tormenta que se le avecina, tras el final de la guerra mundial. 1945-49, el período más difícil, más dramático para Franco, cuando el régimen se halla más próximo a su propia desilusión y fin, el boicot internacional (político y económico), las guerrillas internas, las sequías..., la imposibilidad de España en autosostenerse y la tabla salvadora en las relaciones con la Argentina de Perón, la Ley de Sucesión de 1947, por la que España es

declarada, manteniéndose en sus tradiciones, formalmente una Monarquía. 1949-53: a partir de 1949 las presiones europeas comienzan a ceder. Sucesión de hechos «positivos»: en el 51 el problema de la agricultura, al menos en parte, se resuelve; los monárquicos aceptan su futuro determinado por la evolución del régimen, en lugar de oponer una abierta oposición a él; en el 53, la firma del Concordato con el Vaticano y la firma del primer Pacto con los Estados Unidos. 1953-59, se va a producir el último gran esfuerzo de Falange para mantenerse; aparición y asentamiento del Opus Dei; comienzo del desarrollo económico, y del turístico; primeras huelgas de obreros y estudiantes; período, en fin, caracterizado por Malefakis como **de transición**. 1960-70: en el 60 comienza el período de un



Segun Malefakis, el regimen de Franco no fue fascista en ningún momento, aunque en sus tres primeros años hubo el peligro de que lo fuera debido al signo que tomaron los resultados iniciales de la II Guerra Mundial. (La imagen muestra un aspecto del desfile militar celebrado en Madrid el mes de mayo de 1939.)



La firma del Concordato con el Vaticano en septiembre de 1953 —acto al que asistimos—, unida a la formalización del primer Pacto con los Estados Unidos, significó un alivio para el régimen franquista que en la etapa anterior se viera presionado por el boicót diplomático internacional.

cambio significativo, de gran desarrollo económico. El establecimiento de bases americanas en España, en el 53, fue una decisión que dio a España la legitimidad necesaria para participar en las finanzas europeas. Al comienzo de los 60, el desarrollo de España aparece estrechamente vinculado

con lo que está pasando en Europa, con el gran **boom** económico de los 60. Malefakis lo ejemplifica con el modelo del perro europeo, más sano y más rico y la cola, española, que consecuentemente se muestra también vigorosa y activa. Concretamente, el desarrollo español de este pe-

ríodo aparece conectado con lo que está ocurriendo en Europa y América en la forma siguiente: a) **el desarrollo de la industria turística**, impulsado en parte por factores accidentales (un nuevo y superficial interés hacia lo español, promovido por viajeros como Hemingway, por las novelas, por los films y por los **westerns** rodados en España...), y por factores económicos (España es permisible para el consumidor medio europeo). El desarrollo del turismo en España se muestra como un fenómeno sin precedentes en la historia de cualquier país europeo: 1963, 1/3 del total de los españoles; 1967, 1/2 de la población; 1972, el número de turistas recibidos supera a la totalidad de la población española. b) **La demanda de trabajadores** de los países del centro y del norte de Europa,



El desarrollo económico español de la década de los sesenta aparece conectado con el que se experimenta en Europa y América durante los mismos años. Junto al incremento del turismo, será el éxodo de 700.000 emigrantes españoles el primer factor que intervino en dicho desarrollo, tan costoso para la clase obrera.

produciéndose, junto a países como Portugal, Yugoslavia y Grecia, una de las grandes emigraciones masivas de la humanidad (en el caso de España, 700.000 emigrantes de una población de 30.000.000). c) El comienzo de una **política de inversiones** que no sirve para caracterizar a España como colonia de las compañías multinacionales, y permite una espectacular entrada anual de divisas en el país.

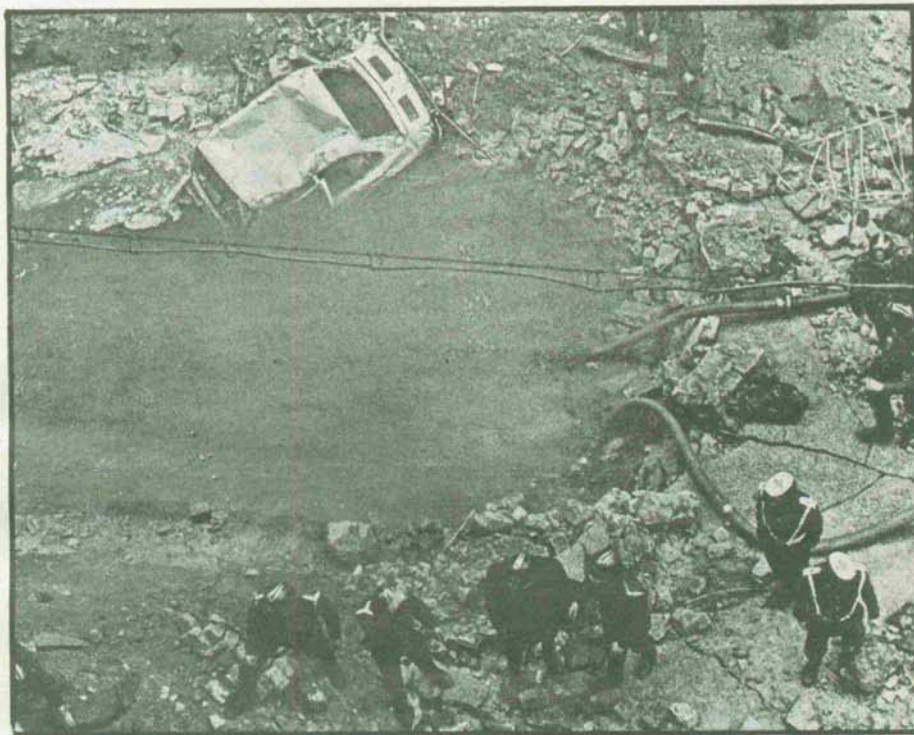
Otros hechos: la redistribución demográfica de la renta y de la riqueza, sin que ello sirva para eliminar las injusticias tanto tiempo inherentes a la sociedad española (aquí, Malefakis hace un detenido análisis del sistema de impuestos, basado, de hecho, en la imposición indirecta, lo que favorece a las clases altas); el ingreso de España en la sociedad de consumo; la difusión y popularización de símbolos de riqueza externa, electrodomésticos, televisiones, automóviles (Madrid —comenta Malefakis—, es una de las ciudades más contaminadas de la Tierra, donde algunas veces y en algunos lugares difícilmente se puede respirar); grandes cambios económicos y sociales, seguros sociales, seguro médico...

En la década de los sesenta —prosigue Malefakis—, España se transforma de una sociedad con características de subdesarrollo en una sociedad del tipo de consumo, produciéndose la entrada de la gente por el cuerno de la abundancia para la mayoría de la población española. Naturalmente, estas importantes transformaciones económicas y sociales, producen transformaciones en las bases de la estructura política del país. Los trabajadores logran mejoras de organización, aun en forma ilegal, apareciendo las primeras Comisiones Obre-

ras, prosiguen las protestas de estudiantes y de intelectuales y, tras el Concilio, el comienzo de la oposición del sector de la Iglesia más joven y más liberal. Las iglesias sirven como refugio a los grupos de oposición. Es en esta década cuando aparece una nueva clase intelectual que se compromete no ya con los valores democráticos, sino con los valores socialistas y marxistas. Marx comienza a ser traducido y publicado en España,

la gente habla, se confía, y la política de represión, masiva de los años 40 ha quedado distante en el recuerdo (aquí Malefakis se detiene para evocar los detalles de la persecución, el proceso y la muerte, en 1964, de Julián Grimau).

Mientras tanto, el conservadurismo oficial, por estrategia y por necesidad, espoleado por el deseo de entrada en el Mercado Común, gira hacia una posición liberal, hasta el



El aspecto contradictorio y «surrealista» del periodo 1969-74 en España alcanza su más alta expresión en diciembre de 1973, con uno de los asesinatos políticos más espectaculares e impresionantes de la Historia: el de Carrero Blanco, sucedido en la madrileña calle de Claudio Coello, que quedó así tras el suceso.

para convertirse, a final de la década y entre las obras serias, en un **best seller**.

La Universidad ingresa en forma regular en las acciones de la oposición, hasta el punto que ya no habrá un solo año en que no se plantee algún tipo de lucha por parte de los estudiantes de Madrid, de Barcelona y del resto de España. Como nunca antes, existe ahora una cierta libertad de expresión, de publicaciones, decrece la posibilidad de arrestos (aunque nunca se pa-

punto que España hacia fines de los 60 ya no puede ser considerada una dictadura, al menos en el modo anterior.

La transformación entraña una contradicción en la que Malefakis se detiene: porque si se permite al país desarrollarse cumplidamente, ello debería inexorablemente conducir al total desmantelamiento del régimen. Los términos de la contradicción empiezan a aparecer en el periodo 1969-74, periodo ante el cual el historiador se muestra

fascinado, catalogándolo como **surrealista** y señalando la dificultad de caracterizarlo: la oposición de ETA, la declaración del **Estado de Excepción**, en el 69, los juicios de Burgos, las condenas masivas, la presión extranjera. El aspecto contradictorio y **surrealista** del período alcanza su más alta expresión en diciembre del 73, con uno de los asesinatos políticos más espectaculares e impresionantes de la Historia. Después, otra vez el temor de la dictadura y de la represión, que resulta sin embargo infundado, y el 12 de febrero y contra todo pronóstico (dadas las circunstancias y los antecedentes), el nuevo jefe de Gobierno que dirige el discurso más liberal de un funcionario gubernamental desde el final de la guerra civil. La característica **surrealista** de este período es, tal vez, los compromisos de Arias de liberalización junto a los elementos de dentro y de fuera del Gobierno que no están dispuestos a que se produzca. Ese año, destacan los intentos y el activismo de la derecha por reorganizarse y promover un tipo de cruzada emocional

en defensa del régimen de Franco, determinándose en este período el término de la mentalidad de **búnker** aplicado a los reaccionarios en el poder. Nuevas cualidades **surrealistas** reaparecen en el verano del 74 con la enfermedad de Franco y las extraordinarias maniobras que la acompañan; a fines de año, los reaccionarios parecen imponerse, una vez más, mientras que las iniciativas de Arias están siendo vencidas, y en 1975 y como consecuencia del recrudescimiento de las fuerzas de la derecha, se produce la eliminación de los ministros más liberales, particularmente de Pío Cabanillas. La situación se crispa y se complica con la entrada de ETA en un período de intenso terrorismo, con 16 policías asesinados por ETA y por FRAP en el verano del 75, seguido de un ataque frontal al terrorismo, la decisión de ejecuciones masivas de presuntos miembros de ETA y FRAP, nuevas voces de presión extranjera, más perentorias y amplias esta vez que en ocasiones anteriores, y la parcial ejecución del grupo de acusados. Las últimas pince-

ladas **surrealistas**, precisadas por Malefakis en detalle, consisten en la enfermedad y muerte de Franco, y en las numerosas hipótesis y literatura respecto al modo en que sucedió.

Tras la muerte de Franco, el Gobierno, más si cabe aún que antes, continúa atrapado en la misma contradicción: ¿va el régimen finalmente a tirar por la borda todos sus intereses, a destruir los cambios económicos y sociales que han ocurrido en estos años, para volver a las prácticas del pasado? ¿O va a proseguir un proceso, ambiguo y aun contradictorio en su desarrollo interno, que entrañaría el desmantelamiento del régimen?

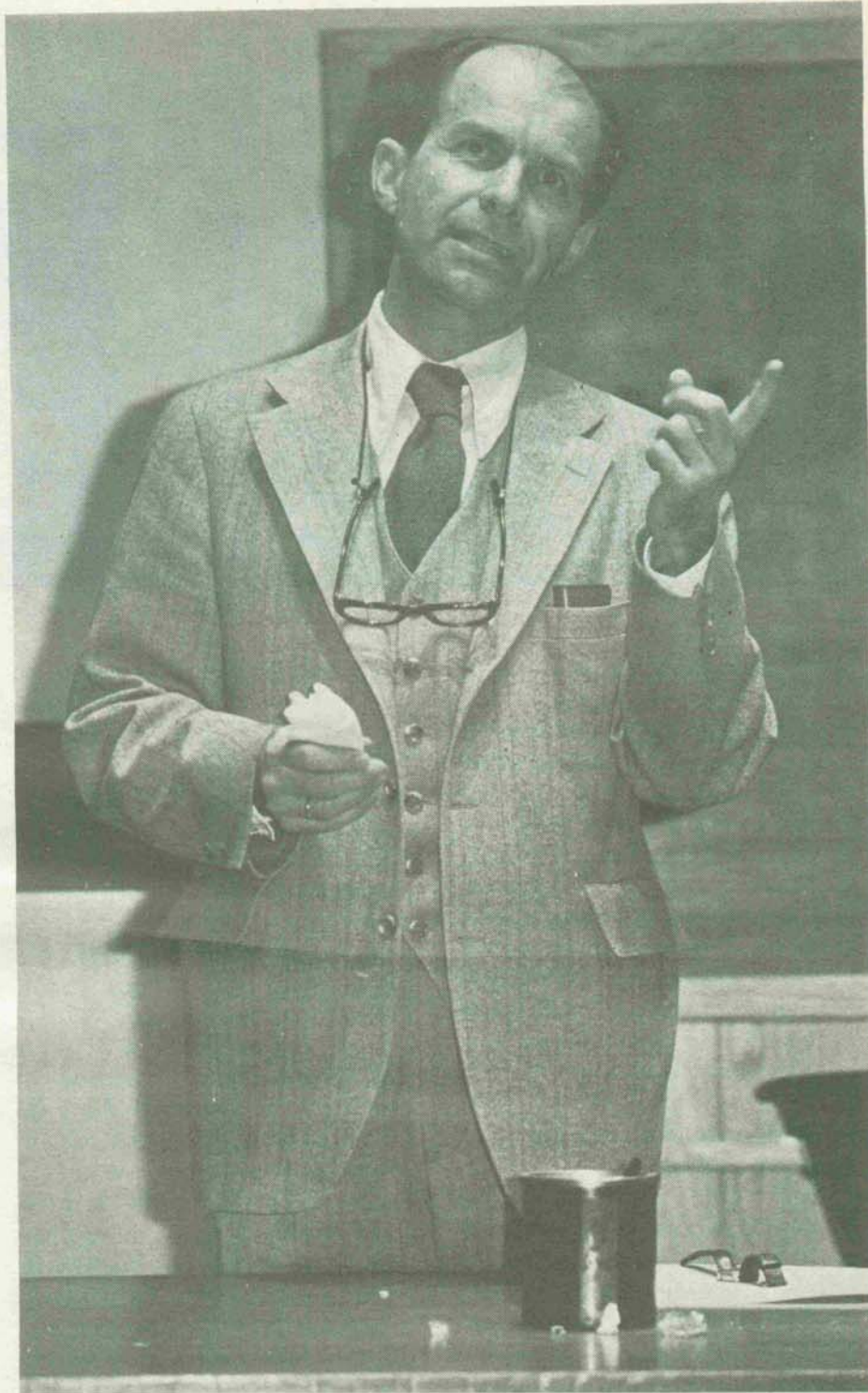
Hay una serie de ironías históricas en todo esto, afirma Malefakis. El gran problema que existe en la España de hoy y del futuro es si estos nuevos hechos estructurales que han sido creados en la economía y en la sociedad y en las bases de la política, también prevalecerán sobre factores más accidentales y sobre muchas formas superficiales que tratan de actuar para la continua-



William Watson escucha a Juan Marichal durante el transcurso del coloquio que siguió a las distintas exposiciones oídas en Amherst, unidas todas ellas por el nexo común de su preocupación por los actuales problemas españoles.

ción del régimen de Franco. Una de las ironías es que el régimen de Franco, queriendo mantener el orden político y la estabilidad política, ha creado durante el transcurso de los años 60 las bases de la nueva inestabilidad política; otra de las ironías del régimen es que habiendo sido extremadamente xenófobo (el mismo Franco dio pruebas suficientes de su xenofobia), ha llevado a España a unos increíbles compromisos con el resto del mundo, como nunca lo estuviera antes; y otra de las ironías es que este régimen, inicialmente imperialista (pretendía extenderse en un principio por el norte de África), ha sido una de las más fáciles y más pacíficas reencarnaciones de los poderes europeos.

Difícil —concluye el profesor Malefakis—, muy difícil hablar de este período, porque, de hecho, no hubo tanto **drama** como lo hubo en la España republicana o en la España democrática. Tal vez podría aplicársele el término de la **banalidad del mal**, pues, en muchos sentidos, fue un régimen **banal**, un régimen en el que el **drama** está completamente ausente, está eliminado o escondido, un régimen en que los cambios básicos que hemos mencionado ocurren de manera poco excitante (sin excluir hechos tales como la fabricación de lavadoras, automóviles o televisiones). Sin embargo, en un aspecto, al menos, resulta fascinante: en que se ha tratado a toda costa, sin reparar los medios, de mantener las cosas como están: en el sentido político, se ha tratado de mantener la dictadura, de prolongarlo como régimen totalitario y, sin embargo, no ha podido evitar que la sociedad española se haya transformado en una sociedad que **ya no está dispuesta** a soportar el totalitarismo.



«Soy republicano por nacimiento, por convicción y por esperanza», declararía recientemente Juan Marichal, profesor de la Universidad de Harvard y perteneciente a ese enorme grupo de «trasterrados» a consecuencia de la Guerra Civil. Vemos aquí a Marichal en un momento de su intervención de Amherst.

4. JUAN MARICHAL: HACIA UNA DEMOCRACIA PLURALISTA

A **Juan Marichal** le escuché, hace sólo unos días, hacer pública profesión de fe, con motivo de un homenaje en Nueva York dedicado a Nancy Mc-

Donald para celebrar sus veinticinco años al frente de la **Spanish Refugee Aid**, organización ejemplar (que desgraciadamente hoy todavía justifica su existencia), destinada a recaudar y sufragar fondos en beneficio de refugiados españoles de la guerra civil. En esta ocasión, afirmó Marichal:



«Soy republicano por nacimiento, por convicción y por esperanza». Perteneciente a aquel grupo de **transterrados** a consecuencia de la guerra civil, Juan Marichal, profesor de la universidad de Harvard, se destaca hoy como uno de esos hombres que han dedicado su trabajo y sus energías al mejor conocimiento y difusión de la cultura española en el mundo y, especialmente, en este lado de América.

Resumen del informe de Juan Marichal:

Marichal esbozó la línea de su presentación (que figuraba con el título de «**Spain, 1976: An Irreversible Spring**») sobre su convicción de que ciertos cambios fundamentales en la percepción del pueblo español y en el Estado, permitirán que se lleven a cabo transformaciones profundas en la sociedad española.

Juan Marichal se refirió a los esfuerzos de los últimos meses para establecer una alianza entre los dos principales organismos políticos unitarios, la denominada Junta Democrática (de orientación comunista) y la Plataforma Democrática (de tendencia socialis-

ta) y que se ha resuelto en un organismo más amplio denominado Coordinación Democrática. Recientemente —indica Marichal—, la Coordinación Democrática se ha visto reforzada por la adhesión de dos partidos demócratas, el de Izquierda Democrática (que es la izquierda de la Democracia Cristiana) y la Federación Democrática Popular (derecha de la Democracia Cristiana). Toda esta Coordinación podría representar un 80 % de la oposición democrática al presente régimen.

La favorable acogida dispensada por los grupos de la oposición a esta convocatoria para la unidad, ha enfurecido a los llamados «reformistas» del Gobierno y ha sido usada por un «historiador oficial», Ricardo de la Cierva, para refrescar en la memoria de los más viejos españoles el fantasma de la primavera de 1936, acusando a la Coordinación Democrática del 76 de ser una especie de «puesta al día» del Frente Popular y de obligar a los españoles, en un inmediato futuro, a la misma alternativa del 36 de «esto o aquello». Para Marichal, es ésta una falsa analogía fácilmente demostrable, simple-

mente al considerar que en 1936 el señor Gil Robles figuraba como el gran adversario del Frente Popular, mientras que hoy aparece como uno de los líderes de dicha Coordinación (presidente de la Federación Popular Democrática). Es obvio —concluye Marichal— que España ha cambiado mucho desde entonces, y que aquel abril de 1936 no está aquí otra vez. La analogía, pues, es inconsistente y, por otra parte, produciría serias consecuencias para el futuro de España si fuera a afectar la actuación política del presente Gobierno donde, por cierto, se encuentran muchos de sus amigos.

Respecto a la explosión cantonal de los últimos meses, Marichal no comparte el temor de una fragmentación regional del poder del Gobierno vista por algunos políticos centralistas en Madrid, que la observan como un grave desafío a su liderazgo y, más personalmente, como un peligro real para el futuro de la democracia en España. Por el contrario, la explica como otro factor positivo en el camino hacia una democracia parlamentaria y pluralista. El desarrollo cantonalista de los



Habrà que contar con las fuerzas de la oposici3n si se quiere llegar en Espa1a a una aut3ntica vida democràtica. Dichas fuerzas se han aglutinado este mismo a1o en plataformas unitarias, como el Consell de Forces Politiques o Coordinaci3n Democràtica (reuniones de cuyos organismos contemplamos), resultados a su vez de anteriores uniones. Las transformaciones profundas de la sociedad espa1ola que tales plataformas reivindican seràn el paso necesario para que Espa1a se sitúe en la 3rbita de la democracia.

últimos meses es, antes que nada, una directa expresi3n del inter3s local. Lo que las provincias exigen es una representaci3n adecuada en sus intereses locales, junto a la aspiraci3n a alcanzar tanto autogobierno como sea posible. Por otra parte —añade Marichal—, los partidos centralistas de Madrid tendràn que dejar de mirar a Espa1a en el Estado y desde dentro del Estado (por ejemplo, como lo hiciera Aza1a, a pesar de su defensa de las libertades nacionales de los catalanes), y comenzar a ajustar sus esfuerzos organizativos a las nuevas circunstancias regionales.

Como modelo de esta explosi3n cantonal, Marichal se detiene en el ejemplo de Catalu1a, cuyo pragmatismo es una filosofìa casi id3ntica al estilo de vida nacional. Como es sabido, ya en 1820 Catalu1a importaba maquinaria textil de Inglaterra, y de Escocia, la filosofìa del «common sense», concepto que ha venido a expresarse en la historia intelectual de Catalu1a con la denominaci3n «seny». En los últimos tres meses, el «seny», es decir, el catalán «common sense» o **caràcter pragmàtico**, le ha permitido desarrollar

una fuerte polìtica, estableciendo, por ejemplo, antes que Madrid una alianza de partidos y grupos que exigen una ruptura fundamental con el pasado dictatorial. Claro es —observa Marichal— que por razones de lengua y de nacionalidad los catalanes, desde los conservadores a los anarquistas, tuvieron una afinidad psicol3gica no disponible como punto de arranque por los partidos de Madrid. Los catalanes han vivido desde 1939 como una cultura oprimida y parece bastante claro hoy que son capaces de centrar sus demandas polìticas en la restauraci3n de su autonomìa nacional, tal como fue establecida por la II repùblica en 1932.

Marichal expres3 su favorable impresi3n de un proyecto de restauraci3n de las libertades de Catalu1a y del Paìs Vasco, anunciado recientemente por los lìderes de la llamada Alianza Liberal, tal como aparecen reguladas en la Constituci3n de 1931, pero indica, al mismo tiempo, no entender c3mo podrìan restaurar parcialmente dicha Constituci3n y olvidar al resto de Espa1a. La mayor parte del pueblo espa1ol, y no s3lo Catalu1a y el

Paìs Vasco, necesita la restauraci3n de su dignidad como ciudadanos espa1oles y europeos, como ciudadanos de una sociedad democràtica. Los hechos ocurridos en la primavera del 76 permiten la esperanza de que esta restauraci3n de las libertades ocurrirà. Pero, en este punto Marichal expres3 su escepticismo de que pudiera llevarla a cabo el presente Gobierno.

Tras completar el anàlisis del resurgimiento cantonal, Juan Marichal se detuvo en la descripci3n de las fuerzas de la oposici3n, con las que considera habrà que contar para una aut3ntica vida democràtica, refiri3ndose especialmente a los cristiano dem3cratas (Izquierda Democràtica y Federaci3n Popular Democràtica), socialistas y comunistas. Marichal mencion3 tambi3n la alarma creciente entre los pequeños grupos liberales de Madrid y de Barcelona a causa del 3xito mostrado por Coordinaci3n Democràtica, ante la posibilidad de una situaci3n en la que la alternativa al presente Gobierno fuera un gabinete, a la sombra de la citada Coordinaci3n, con inclusi3n de comunistas. Algunos de estos gru-

pos, con acceso a Palacio (aunque por la puerta de servicio) y a los ministerios de la Gobernación y de Asuntos Exteriores, han establecido una Alianza Liberal, tratando de persuadir a miembros de Coordinación Democrática, al objeto de crear una posible alianza con ellos. Estos intentos de organización de los liberales incluyen a socialistas e incluso a cristiano demócratas, haciéndoles ver la proximidad de los liberales a Palacio y la posibilidad, por tanto, de poderlos incluir en un futuro gabinete. Aunque, evidentemente, se trata de una operación que podría poner en peligro el proyecto democrá-

tico, Marichal advierte que para muchos socialistas y aun para algún cristiano demócrata, la oferta de los liberales implica una aceptación de la legalidad de la monarquía y, probablemente, no van a aceptarla. Particularmente los socialistas —observa Marichal— saben que van a contar, tan pronto como recuperen su derecho a constituirse y a organizarse, como uno de los partidos más numerosos de España y saben que esas masas socialistas son, por tradición, republicanas.

Los acontecimientos políticos ocurridos en la primavera del 76 —concluye Marichal— han

mostrado en forma visible que España ha dejado de ser el legendario país de opciones extremas, del «esto o aquello», de anarquismo o de totalitarismo. En los últimos meses, la realidad española presenta las características evidentes de una sociedad en proceso de transición institucional con multiplicidad de ideologías, de aspiraciones locales, de intereses varios, lo que aparece reflejado en un número sobresaliente de partidos políticos (más de hecho que en Portugal hace dos primaveras), todo lo cual otorga esperanzadoras perspectivas para la creación de un futuro próximo de la democracia pluralista.



La petición de amnistía para los presos políticos ha sido mantenida sin descanso por las diversas fuerzas de la oposición, que ven en ella el requisito indispensable para una normalización de nuestro país. Estas mujeres que reclaman amnistía ante la cárcel de Barcelona no son más que el símbolo de un anhelo generalizado.



Allard Lowenstein —al que vemos— es hoy una de las figuras más dinámicas de la vida político-social de Estados Unidos. Conocido por su apoyo a muchas causas progresistas, Lowenstein ha combatido los acuerdos hispano-norteamericanos en numerosas ocasiones, la última muy recientemente.

5. ALLARD LOWENSTEIN: ESPAÑA Y LOS ESTADOS UNIDOS

Allard Lowenstein es hoy una de las figuras más dinámicas en la vida política y social de los Estados Unidos. Criado en Nueva York, de ascendencia judía y educado en Yale, ha sido diputado en Washington por el estado de Nueva York, consejero de política exterior de Hubert Humphrey, **chairman** de la organización «Americans for Democratic Action», y ha dictado cursos de Derecho Político en Stanford, Harvard, NYU y en Yale. Lowenstein es, también, ampliamente conocido por su apoyo a muchas causas pro-

gresistas, incluyendo el desarrollo de una política racional en relación a España, y ésta es la causa de su participación en el simposio. Lowenstein ha combatido los acuerdos hispano-americanos en varias ocasiones, la más reciente ante el Subcomité de Relaciones Exteriores del Senado. Desde hace años, el nombre de Lowenstein aparece frecuentemente vinculado a organizaciones progresistas americanas, promovidas para favorecer la democracia en España. Figura, por ejemplo, como **co-chairman** (junto a Nancy McDonald y Joseph Lash) del «American Committee for Iberian Freedom», con sede en Nueva York. Popular publicista, uno de sus artículos más

recientes publicado por la **Saturday Review**, «Spain without Franco», prueba el profundo conocimiento de Lowenstein del problema de la democracia en España.

Resumen del informe de Allard Lowenstein:

Refiriéndose al comienzo, en 1953, de los acuerdos hispanoamericanos, Lowenstein atacó la política exterior de USA respecto a España, acusando al Senado americano por haber votado casi unánimemente contra la decisión del presidente Truman de no ayudar al gobierno de Franco, y acusando a Washington de haber hecho posible la permanencia del Gobierno en el poder y la deshonestidad al justificar al pueblo americano, con falsedades, la ayuda exterior, impidiendo al mismo tiempo el fortalecimiento de una oposición al régimen en el interior. Además, se mostró partidario no sólo del desmantelamiento de las bases, sino de la eliminación de toda ayuda a España hasta que se constituya un Gobierno democrático.

Ha transcurrido ahora para el pueblo español —afirma Lowenstein— un período histórico en el que ha luchado más que otro pueblo por su libertad y en el que ha sufrido también más que otro pueblo debido, principalmente, a la intervención —y a la no intervención— de otros países, entre ellos los Estados Unidos que, irónicamente, no ha pagado el mismo notable precio por su mala conducta que ha pagado en cualquier otro lugar.

Más que cualquier otro de los participantes, insistió Lowenstein en la naturaleza transitoria del actual Gobierno. España —afirma Lowenstein irónicamente— es el



Acusando al Senado americano por haber votado casi unánimemente contra la decisión del presidente Truman de no ayudar al Gobierno de Franco, Lowenstein mostró hasta qué punto la ayuda norteamericana impidió el fortalecimiento de una oposición interna al franquismo. (En el grabado, firma de los acuerdos de 1953.)

único país de la tierra que podía darse el lujo de dar un paso hacia la liberación y la democracia restaurando la Monarquía borbónica. La situación actual es de transición, una transición que afecta a todos y que configura la nueva política del país, cuya resuelta marcha hacia la democracia puede apreciarse en que los monárquicos aceptan elecciones, en que los socialistas aceptan el trono y en que los comunistas aceptan instituciones democráticas y pluralistas. La demanda unánime es una vía para alcanzar el cambio sin violencia o desorden, y la preocupación, evitar una situación como la del 36

que pudiera derivar en otro largo período de totalitarismo o de guerra civil.

Señaló Lowenstein que el interés hacia España no puede reducirse a una aproximación culturalista, universitaria y académica. Eso está bien y debe hacerse. Pero es mucho más significativa la visión de España como símbolo de un mundo mejor, más humano, más justo. El problema de España no puede reducirse para nosotros, americanos, a un insignificante aspecto de nuestra política exterior. Para muchos americanos, la guerra de España —recuerda Lowenstein—, además de significar una tremenda experiencia

personal (de la que algunos no sobrevivieron), representaba la lucha por la democracia: «España era el mundo, el futuro del mundo que se estaba jugando allí». «Fue en España —afirma Lowenstein, citando a Camus— donde los hombres aprendieron que uno puede tener razón y, sin embargo, ser golpeado, que la fuerza puede dominar al espíritu y que existen instantes donde el coraje no encuentra su propia recompensa. Ello explica, sin duda, por qué tantas gentes del mundo observaron la tragedia de España como una tragedia personal». La situación política de España parece anunciar una próxima y definitiva liquidación de esa tragedia.

Allard Lowenstein concluyó con una nota de optimismo, refiriéndose al futuro político de la Península Ibérica asegurando que en su opinión, en un mundo donde la democracia está siendo, en tantos lugares frenada y traicionada, la Península Ibérica se configura hoy como el lugar más probable para el establecimiento de una democracia firmemente asentada, estable y duradera.



El problema de España no puede reducirse para los americanos a un insignificante aspecto de su política exterior. O no tan insignificante, dado el valor estratégico de las bases aquí situadas y que —como ésta de Torrejón, tan cercana a Madrid— supone un continuo peligro para el pueblo español.



En el último año y medio de la Historia española destaca el activismo de la derecha por reorganizarse y promover un tipo de cruzada emocional en defensa del régimen de Franco. Una vez muerto éste, tal derecha (el «bunker») se refugiaría en actos nostálgicos del pasado como el que recoge la foto, celebrado en Granada.

6. CONCLUSION

En la Mesa Redonda que siguió a las ponencias, la caracterización, por Malefakis, del período inmediatamente posterior a la postguerra produjo una reacción vigorosa en los otros participantes. Marichal corrigió las fechas del período, observando que la intensidad de la represión se extendió hasta el 44, no sólo hasta 1942. Watson, por su parte, lamentó no haber escuchado una crítica más firme, más enérgica y condenatoria del franquismo de aquellos años. La inhabilidad del régimen para definirse en ese período, la ausencia del carácter y de definición —afirmó William Watson—, era debido a la ausencia, por así decirlo, de todo **signo vital**. Lo que estaba ocurriendo en España esos años era, simplemente, la destrucción de toda vida política. Fue entonces cuando Edward Malefakis se sintió precisado a una manifestación más detenida de sus convicciones: para ello, distinguió entre fascismo y represión, y observó que ambos términos no poseen una relación de identidad. Hay tendencias represivas que usa el fascismo por su propia naturaleza, tales como la guerra, la expansión imperialista, la glorificación del Estado, y todo lo que las filosofías liberales no glorifican. En Italia se produjeron, posiblemente, unas cien muertes atribuidas directamente al fascismo (aparte de la guerra de Etio-

pía), entre 1922 y 1939. En España, que no era fascista, la represión fue mucho peor, en los cuatro o cinco años después de la guerra tal vez del orden de cien mil víctimas. La represión existe en la Historia mucho antes que el fascismo emergiera como una filosofía y una ideología política. Para Malefakis, afirmar que Franco no fuera fascista no significa, en absoluto, que no fuera represivo. Fue más represivo que Mussolini y aún que Hitler —afirma el historiador americano— en el período anterior a la II Guerra Mundial. Pero no hay que perder de vista que el fascismo requiere un concepto del mundo, una filosofía, un ideario, un programa político, y estar en su base respaldado por un auténtico movimiento de masas, mientras que el poder y la figura de Franco emergió, esencialmente, sobre las ruinas de una sangrienta guerra civil.

En la discusión final, los participantes fueron sometidos por el público universitario a un intenso interrogatorio. A una pregunta sobre el papel de los militares en el período de transición, respondió Marichal: el Ejército no tiene el poder que se le supone, debido a muchas y diferentes circunstancias, en particular, porque hoy no posee un liderazgo político, por ejemplo, como el que tenía en el 36 los llamados «generales políticos». Franco, estrictamente hablando, no era uno de ellos. Esos generales políticos, gente como Mola, en Pamplona, en 1936, no

creo existan hoy. Mola podía controlar el Ejército, desde Pamplona, en muchas formas y, además, tenía el deseo, la voluntad, la capacidad de organización, incluso la habilidad intelectual para hacerlo. Hoy no existen generales así. Habrá generales profesionalmente capaces pero, hablando en términos políticos, yo no veo ninguna amenaza por este lado.

En respuesta a otra de las preguntas, Malefakis afirmó que, incuestionablemente, sin el apoyo americano el régimen de Franco ni hubiera sido capaz de sostenerse todo el tiempo que se sostuvo, ni su proceso político interno se habría desarrollado en la forma en que lo hizo. Lowenstein, por su parte, se manifestó opuesto a la renovación del Pacto entre los dos países en las actuales circunstancias, como lo manifestó al subcomité de Relaciones Exteriores del Senado. Condición indispensable para su apoyo del tratado habría sido la convocatoria de elecciones generales en España abiertas a todos los partidos políticos. Preguntado sobre si esta decisión se debería aplicar también al Partido Comunista Español, su respuesta fue afirmativa. Finalmente, recapitulando sus anteriores conclusiones, los participantes del simposio mantuvieron su convicción de que las distancias entre la primera y la segunda Restauración y entre la primavera del 36 y la del 76 eran mucho más que puramente cronológicas, y de que la actual transición institucional, a pesar de las dificultades, de los riesgos y de las contradicciones que el proceso político entraña, presenta claras perspectivas para el próximo establecimiento de un sistema democrático en España ■ A. C. (Fotos del simposio de Amherst: John Pultz y Susan Horowitz.)